

L A N O C H E

Belleza: Paz no humana: Negro espejo
del cielo donde un niño va exponiendo
como en un encerado sus lecciones,
los cálculos y mapas que los astros
apuntan desde lejos rutilando,
los bellos teoremas dibujados
por tizas que de pronto se hacen plata
mordiente que en las láminas del frío
retrata los relámpagos parados,
y el esquema vibrátil de lo exacto,
y el dorso estremecido de la anchura
que flota en un silencio de balanzas.

Fulgores detenidos, diminutos
poliedros cristalizan en los golfos
de sombra de un piano que navega
como un monstruo abisal fosforeciendo,
o escarchan apretada luz crugiente
en los largos cabellos de una amante
que ondula, ya sin forma, dulcemente.
Son las constelaciones, mito y cifra,
temblores compensados que organizan
—¡Oh nocturno diamante!— su sistema,
su paz no violada, la belleza
que irradia, remotísimo, el destino.

Ingenuas o divinas, obedientes
a Aquello que nos mira con un ojo,
y tan sólo con uno, sin escape,
me exponen lo que exponen friamente,
sin sentir mis sentidos, sólo míos,
pues lo justo por bello es más que humano
e ignora mis minúsculos dolores,